



El logos como guía de nuestra creatividad

Lucía Slater

El logos como proyecto creativo: 'Εν αρχῇ ἦν ὁ Λόγος' ("En el principio era el Verbo")

Desde la perspectiva de una artista plástico, se hace necesario establecer un posible orden en el proceso de materialización de la obra artística que, además, no es particular solo del arte, sino que es pertinente para toda actividad humana creativa. Cualquier proyecto que el hombre haya construido pasó antes por un proceso de ordenamiento que nos permite acceder al cómo ese algo tuvo su origen hasta llegar a ser lo que nuestros ojos pueden contemplar en lo visible.

Para nosotros es importante mostrar la necesidad de un "logos creador"¹ que explicita cada paso en la organización de las etapas del proyecto creativo hasta la realización de la obra acabada. Para ello, podemos tomar como ejemplo un proyecto pictórico y hablar de la pintura. Entendemos que la pintura no solo es la materialización de una idea a través del color, es un lenguaje, entre otros, cuya realización sobre un soporte demanda una etapa previa a su propia existencia, que empieza por configurar ese contacto de un instante que el artista tiene del mundo. Contacto como el que Merleau-Ponty describe en una de sus obras diciendo: "es prestando su cuerpo al mundo", que el mundo "se cambia en pintura", donde el pintor "basta que vea una cosa" para "unirse a ella y alcanzarla". (Merleau-Ponty 1986: 15).

El relato de la creación de una obra permite un camino para entender lo que llamamos el "logos creador"², en tres etapas: la primera, en cuanto a su origen y existencia; la segunda, en cuanto a su accionar; y la tercera, en cuanto a la materialización de la obra creada. Tres etapas que manifiestan (i) la existencia del logos desde su pre-existencia a la obra de arte, (ii) su proyección hacia la realidad sensible suscitando el hacer del pintor guiado por el logos, y (iii) el proceso de transformar lo "prestado"³ del mundo para darle una forma adecuada para el arte y en particular para la pintura.

Así como la naturaleza que nos rodea puede verse como creación del Sumo Artífice, y podemos a través de esa creación acercarnos de alguna manera al hecho manifiesto de la Creación, de igual manera el arte expresa lo humano. En el arte, todos esos objetos llamados artísticos, no son simples mímisis que representan en forma literal

¹ Un logos creador en el sentido joánico y logos como proyecto que en sí mismo es ya un discurso de lo que ha de crearse.

² Logos creador en el sentido del logos joánico, según el cual 1. "por medio de la palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho"; y 2. "todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada se hizo de cuanto ha sido hecho". (Bover y O'Callaghan 2015: 476).

las cosas existentes del mundo, sino que son el medio de expresión de la propia existencia del artista y su historia como hombre en el mundo. El arte, específicamente en la pintura, es un espacio en el que cierta dimensión del hombre es capaz de representarse dentro de su propio lenguaje y plasticidad pictórica. En la materialidad de la pintura, y en el arte en general, cada vez que se ha creado una obra artística se ha dado cabida en su materialidad a una forma escogida y única a la vez. De ese modo, encontramos en la pintura, uno de los lenguajes del arte, un medio como posibilidad de cambio, de transformación, al darle a la materia escogida una brillantez y una profundidad, que adquiere en su proceso de creación como obra plástica. En ese sentido, la pintura como obra artística configura una "gloria" (δόξαν)⁴ que nos permite ver la fuerza del logos en el hacer del pintor, quien puede transformar una simple materia en una obra de arte. Así mismo, instalada en el ámbito del arte como un lugar no profano, una pintura nos deja ver la brillantez del logos como la verdad que le ha dado forma, transformando lo profano en algo artístico, donde lo profano es entendido en el sentido del logos joánico. Solo entonces será posible decir que el logos-proyecto ha sido realizado y acabado.

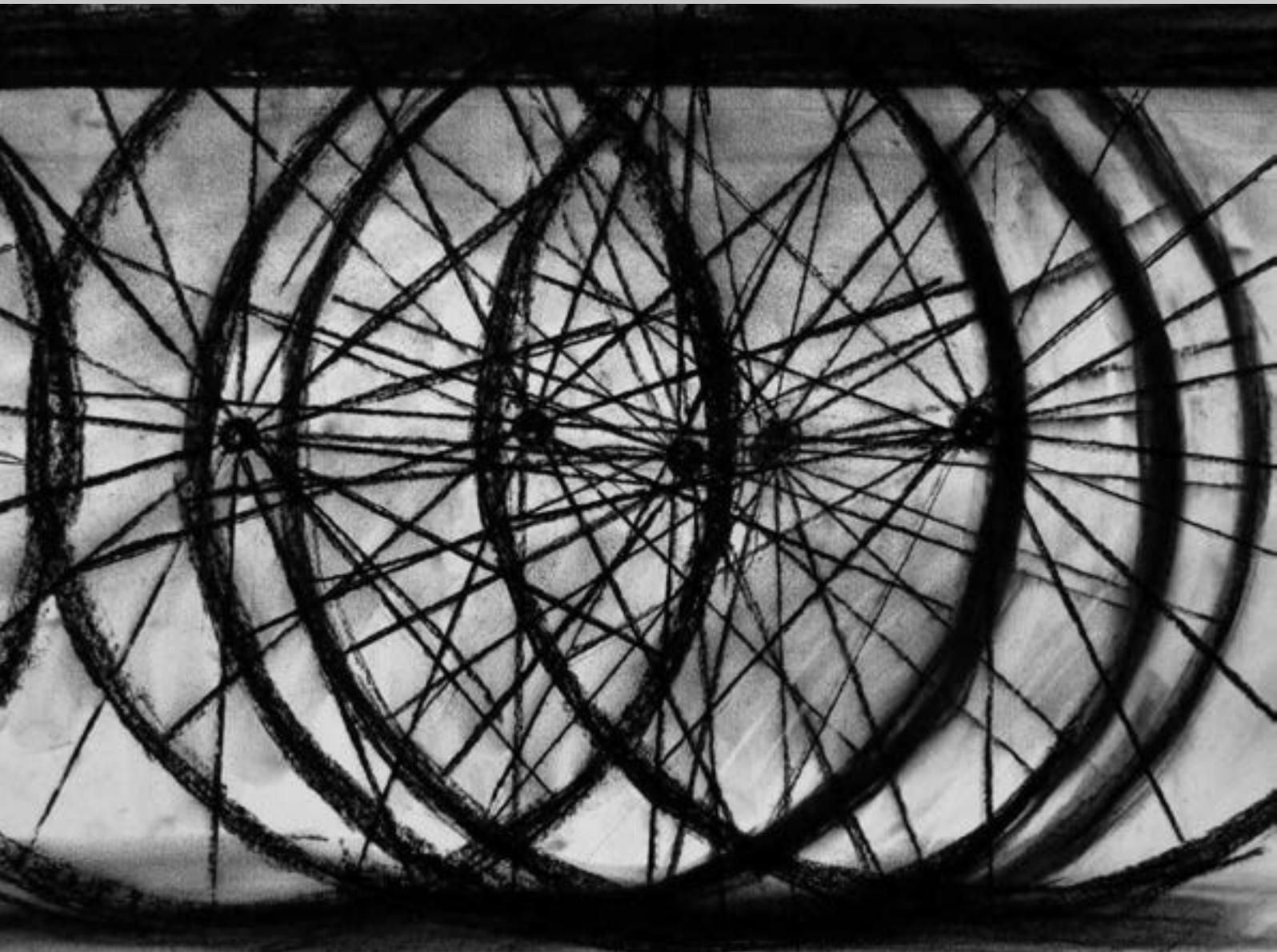
A través del arte, el artista o un pintor, tiene el poder de rescatar lo corruptible y temporal para revestirlo de incorruptibilidad y belleza. El pintor, en su obra creada, "glorifica" lo temporal, contingente y perecedero, rescatando en reciprocidad lo material y lo espiritual, permitiendo así que esa fragilidad temporal acceda a un nuevo modo de existencia. A través de la obra artística el pintor transparenta en su esencia al logos, a aquel principio que le dio origen. La obra artística se convierte de ese modo en un espacio, un receptáculo, un lugar de comunión entre lo espiritual y lo material, entre lo inteligible y lo sensible. La obra de arte es finalmente un espacio de comunión permanente y continua de la presencia del logos, que también permite cierta alteridad al pintor con su obra para liberarse de su propia contingencia existencial.

Así, el arte se convierte en el mejor ejemplo de cómo se percibe el hombre en el mundo, donde la multitud de obras de arte dejadas como huellas de su modo de pensar y hacer relatan una historia contada de forma artística, siendo ello lo que caracteriza al hombre de todos los tiempos, mostrando que su mayor actividad es ser creativo. Actividad que lo lleva a engendrar y traer a la vida su propia imagen y semejanza. Actividad entendida como un deseo de permanencia frente a su finitud como ser humano, haciéndose presente en una materia escogida, materializando su existencia a través de sus obras. Su creatividad es pues un síntoma de que él, el hombre, es algo más.

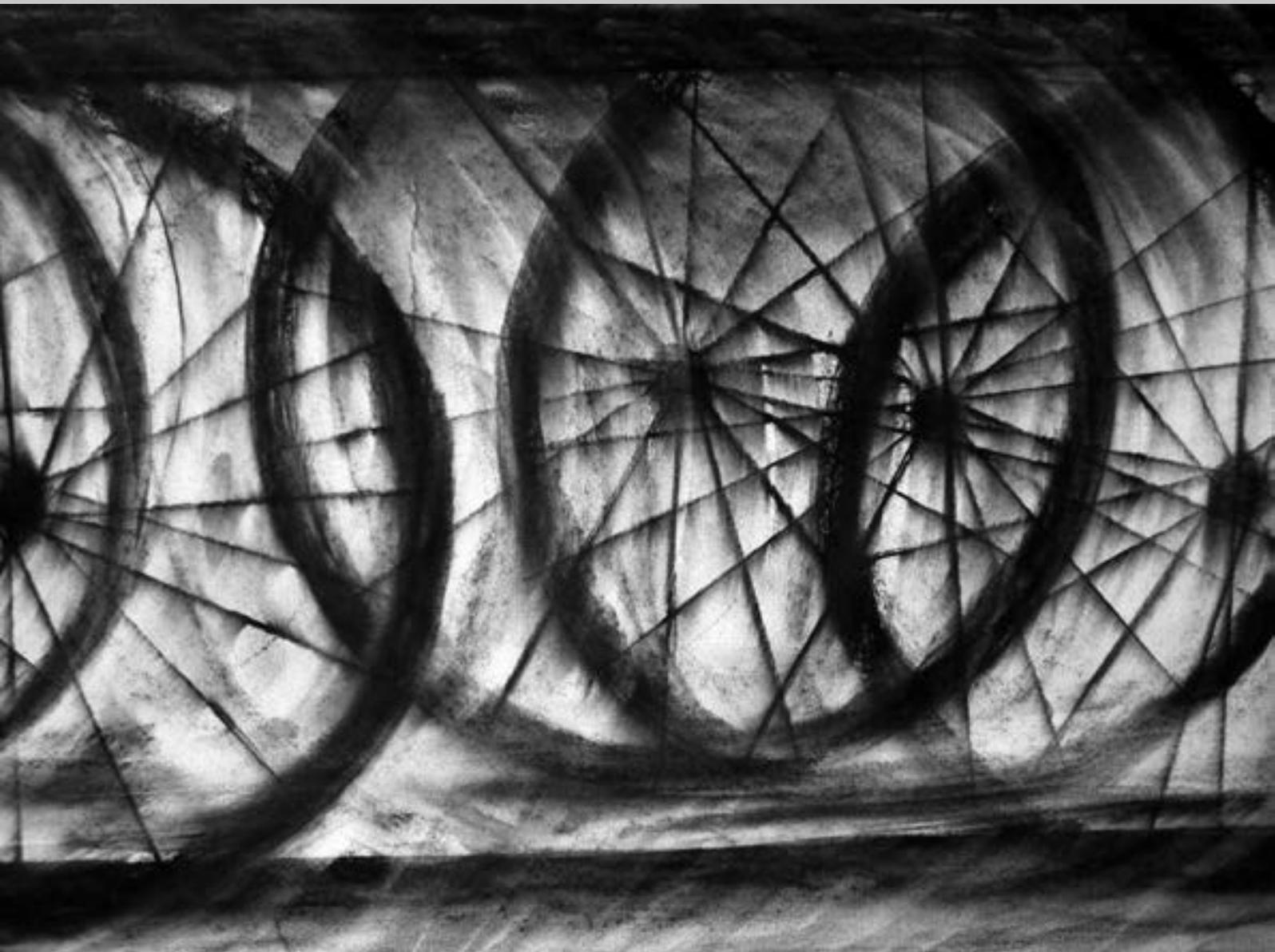
De igual modo, el hombre ha manifestado desde siempre su necesidad de conocer, y como todos sabemos, ese conocer le ha mostrado caminos propios y particulares. Y

³ Es el término que usa Merleau-Ponty. (Merleau-Ponty 1986: 15).

⁴ El término δόξαν en el Evangelio de San Juan se traduce como "gloria". Análogamente significa "resplandor" del contenido que representa. (Mateos y Barreto 1980).



Bicicletas I (detalle).
Formato: 30 x 120 cm.
Técnica: carbocillo sobre
papel.



***Bicicletas II (detalle).**
Formato: 30 x 120 cm.
Técnica: carbocillo sobre
papel.*



al hablar del arte es factible decir que la obra de arte, de una pintura, es una “opinión artística” de la realidad que ha llegado a materializarse porque un pintor “conoce” cómo plasmarla. Aun así pareciera que la visión del artista es tan profana que no alcanza a ver más allá que lo inmediato y no conoce lo que está “más allá de la cosa”, por lo que el quehacer del artista sería un aparente hacer sin fundamento. En este punto habría que preguntarse si acaso el arte no devela la presencia del “ser”, si acaso no distingue al “ser” y su presencia en el mundo.

Como artistas no nos dejamos de preguntar, durante nuestro proceso creativo, sobre nuestro origen y nuestra trascendencia. Así tenemos que dentro del proceso creativo uno de los problemas que se presentan es el de definir y establecer el principio que da origen a nuestras creaciones, un principio que permite no solo el comienzo de la actividad creativa, sino también la formulación de un logos (proyecto) que organice y guíe todo el proceso artístico.

Es evidente que la pregunta sobre el principio del proceso creativo es una de las preguntas que el artista se hace frente a sus motivaciones artísticas. Para responder esa duda podemos empezar por preguntarnos qué despierta al pintor a pintar un cuadro. Así descubriremos que el pintor, como creador, se ve rodeado de un deseo⁵ como apertura para formular, a través del logos, un proyecto artístico a partir del cual construirá su visión del mundo hasta su cristalización en una obra. Este deseo viene acompañado de un asombro que despierta su actividad creativa, la cual tiene como principal objetivo dar forma a la materia escogida todavía existente en caos y desorden, los cuales deben ser convertidos y adaptados a su nuevo receptáculo como forma plástica. Así, “algo” es seleccionado de todo lo visible, “algo” ha hecho contacto con el artista, “algo” será configurado en su nueva materialidad. En otras palabras, el logos como principio se ha “hecho carne” como una nueva entidad en el mundo del arte, llámese pintura, escultura, dibujo, grabado, etc.

Las obras de arte son llamadas así porque han alcanzado un grado de perfección que las distingue de otras creaciones. El artista ha logrado apartar todo caos o desorden de una materia carente de logos hasta darle vida como obra de arte. Por eso llamamos obra de arte a aquella creación que representa un nivel de verdad y perfección revelado en su propia belleza. Cualquier intención que resulte en un fracaso artístico, algunos han pensado, no es más que el resultado de “la falsedad de una verdad aparente”. Esto es discutible, seguramente, pues hoy hay creaciones artísticas que, en la mayoría de los casos, solo cumplen funciones de uso utilitario, comenzando por la moda, por nuestros nuevos juguetes llamados carros, hasta por el sofisticado lapicero que utilizamos para escribir estos textos. Todo ello nos lleva a preguntarnos: ¿qué es la verdad en el arte?

⁵ Es el término que usa Platón en el Timeo: “fuera asaltado por el deseo de verlos moverse” para iniciar la historia de una república ideal, después de observar “bellos animales”. (Platón 1992).

⁶ El Evangelio de San Juan 1:12 dice: “Pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”. (Santa Biblia 1997).

⁷ Es así como lo entiende Merleau-Ponty.

Para desarrollar este proyecto hemos encontrado algunas respuestas en varios autores y he elegido el prólogo del Evangelio de Juan escrito por el propio apóstol, como un primer acercamiento al sentido del logos del proceso creativo. Nuestra intención es hacer una analogía de la función del logos divino, como principio para nuestra creatividad, el cual permite apropiarse para el arte formas existentes aunque indeterminadas.

El sentido joánico propone "(...) rescatar lo que se había perdido"⁶. De igual modo el pintor rescata por medio de su pintura aquello que estaba oculto y perdido para otros ojos. Podríamos decir entonces que el accionar del logos en el pintor es lo que hará plausible su proyecto. Así mismo, podemos entender el despertar de la creación artística como un encuentro con lo "invisible" que emana de las cosas sensibles⁷. El pintor no solo ve lo contingente, ve todo aquello que ha impactado a su visión y que está sujeto al devenir, a partir del cual puede crear una nueva entidad en la pintura.

El logos divino, por su parte, es entendido como la "palabra-proyecto". Así, este, aplicado al pintor, permite configurar su visión y su percepción de lo real y verdadero. El proyecto se entiende como preexistente a la obra de arte y como guía en el proceso de transformación de la realidad, o del mundo sensible al que dio nombre. De este modo vemos cómo se formula una visión en proyecto, permitiendo al pintor penetrar y transformar una materialidad hasta hacer nacer una nueva forma: la obra de arte.

Como pintores reconocemos que toda actividad creativa es una "actividad del espíritu" y que el arte está hecho principalmente para ser contemplado con "los ojos del espíritu". Aquí debemos aclarar que el sentido de "espiritualidad" debe entenderse como ese ámbito de certeza y convicción que produce un creer al lado de la razón. Como actividad, el ejercicio del hacer artístico, del pintor, da por sentado que para llegar a ser creador de un cosmos, el artista posee un conocimiento conceptual, técnico y espiritual que le permite crear su pintura. Si bien vivir sin obras de arte tal vez no cambie sustancialmente nuestra realidad, nuestra espiritualidad seguiría sedienta de "ese algo" de lo que la obra de arte en sí es portadora. Así afirmamos que la "belleza"⁸ de la obra de arte en su representación es la que nos acerca a esa espiritualidad y a la actividad del pintor. Al respecto, cabe recalcar que entendemos por belleza de la obra de arte como algo que está acabado, terminado, completo. El arte es pues "creación del espíritu y para el espíritu", que empieza allí y termina allí mismo.

Es importante considerar en el desarrollo de este tema el uso del logos joánico como analogía de un proyecto espiritual y artístico. No suele ser tarea del artista explicitar el proceso creativo, pero así como para Silvia Herrera la tarea de los artistas es "convertir en signos sensibles la inteligibilidad de lo real"⁹, para este tema es necesario

⁸ Belleza será definida más adelante como "acabado", terminado, como algo que está completo.

⁹ "No es tarea de los artistas el pensar, esa es tarea de los filósofos". (Herrera, citando a E. Gilson, 1987). E. Gilson es más directo, él dice: "a writing painter is a writer, not a painter. (...), instead of analyzing his personal experience, the painter sets out to philosophize. He then becomes little more than a weak echo of trite philosophical ideas (...)" (Gilson 1965).



retornar desde los “signos sensibles” a la “inteligibilidad” de lo real. Cabe recalcar que dada la amplitud del significado del logos como principio para nuestra creatividad, explicitaré solo algunas de sus analogías.

En el principio era el Verbo

El Evangelio de Juan 1: 1 a, nos muestra el accionar del logos en relación al tiempo, en cuanto a su “primacía” sobre este. En cuanto a su preexistencia al tiempo, afirma más adelante, que el logos es causa y origen de todo cuanto existe, y que todo lo existente, tiene su “principio” en el logos. Nada tiene principio, nada tiene origen sin el logos, porque todo lo “creado” es por medio de él.

De muchas maneras, a través del arte, podemos apropiarnos del logos joánico para explicar el proceso de “encarnación” de las obras artísticas. Hacer una analogía entre el arte –la pintura y el logos joánico– nos ha servido para encontrar que todo hacer artístico es una respuesta a un deseo interno, a un designio de un creador, hecho proyecto. Análogo al logos, traducido como la palabra-proyecto, un pintor puede definir en el logos la manera cómo puede “hacerse carne” su voluntad o deseo, su intención plástica. Para el hacer pictórico debemos apropiarnos del logos joánico para explicitar análogamente por qué el logos es principio del proceso creativo.

El designio del pintor nace en la palabra-proyecto, la que tiene como propósito principal tomar aquello que carece de logos, que carece de vida, y por lo tanto de luz, porque habita las sombras, y rescatarlo para que nazca en la nueva realidad del arte. Dicho proyecto no es más que una respuesta a una gran pasión capaz de alumbrar todo lo que está perdido en las sombras para separarlo, limpiarlo y modelarlo, hasta que el logos haya sido inserto en él. Dicho proceso tiene su principio en la palabra que lo nombra, hasta lograr transformar y convertir aquella morada en una nueva realidad como pintura. Un proceso que demanda que la “palabra encarnada”, materializada en su totalidad, brille por el logos que la hizo volver a nacer como obra de arte.

Si bien es cierto que no existe una sola forma de dar principio a nuestras creaciones, el evangelio joánico permite una analogía particular de cómo dar a luz un proyecto artístico. Dentro del arte, no es difícil aceptar que el hacer de un artista encuentra su propio fin al crear su propia obra plástica, y como creación devela desde sí misma, su intencionalidad como el deseo de su creador. Asumimos que el artista, un pintor, tiene el deseo de modelar un proyecto artístico sobre sus lienzos hasta transformarlo en una pintura. Este deseo es la respuesta a su visión del mundo, visión llena de imágenes, de ideas, que van siendo organizadas en su mente hasta alcanzar un deseo incontenible que tiene que decirse, tiene que plasmarse, que tiene que pintarse.

Como artista, no bastará su deseo para pintar, reconoce que necesita de un proyecto que ordene su visión del mundo, que le permita pintar hasta dar forma a su obra pictórica. Por eso, el logos joánico es un buen ejemplo para imitar y establecer un orden en la actividad del pintor y descubrir la función del logos dentro del proceso creativo.

Es así que en el Evangelio de Juan¹⁰ se puede encontrar una explicación (analogía) de cómo organizar un proceso del quehacer creativo para un artista, particularmente un pintor, cristalizando un proyecto que sobrepasa su propia existencia hasta alcanzar las dimensiones de lo espiritual en el arte.

En el prólogo del mencionado evangelio, y en todo el relato del texto joánico, el logos cumple una función salvífica y de rescate. Acción que permite darle una nueva vida a aquello que ha sido rescatado para su transformación posterior y entendida como una “nueva vida” llena de luz, de una brillantez que prevalece sobre las sombras. El logos se afirma así como el medio que permite un nuevo nacimiento, un volver a ser a través de Él, para ser insertado en una nueva realidad. En otras palabras, la actividad del logos consiste en la conversión y transformación de aquel que lo ha recibido. El logos como tal, según este evangelio, es una medida de plenitud que alcanza lo creado convertida en su morada. El logos como proyecto tiene el propósito de vivificar lo que ha vuelto a nacer: salvando, rescatando y transformando lo elegido para darle vida y luz, como una pintura.

El logos como principio (arché)

El prólogo del Evangelio de Juan afirma que el logos es: “principio de todo lo creado, por medio del logos todo ha sido creado y sin el logos nada existe”. (Rivas, 2006). En el logos reside el principio que rescata de las sombras a lo que no tiene vida y comunica luz y vida a través de sus re-creaciones. Como principio, arché (Balz y Schneider 1998: 484-487), siempre significa “primacía” en relación al tiempo, resaltando su preexistencia a cualquier creación. El sentido joánico del logos se convierte en el principio de un nuevo aparecer. Es el punto de partida, el punto de origen de lo creado, y su preexistencia a lo creado devela su poder al determinar cómo debe desarrollarse el proyecto de un proceso creativo. En ese sentido, el logos joánico para el arte puede

¹⁰ Hemos elegido las interpretaciones del Evangelio de Juan, que atribuyen al apóstol Juan como su autor. Existen otras interpretaciones que aseguran que no fue solo este quien escribió el texto, sino una escuela joánica que surge posterior a su muerte. Las cuestiones que suscitan estas controversias según Rivas son las semejanzas y diferencias de vocabulario y teología que hay entre el prólogo y el cuerpo del evangelio. Rivas nos dice que las coincidencias solo podrían venir de un mismo autor. Si el prólogo es una obra separada, lo más probable es que este haya sido escrito más tarde como parte del evangelio. Si es o no un himno perteneciente al mismo tiempo en que vivía el evangelista, para Rivas, es que fue incluido en el evangelio con “algunos retoques para que quedara más integrado”. (Rivas 2006: 123-124).



Hojas del viento

Formato: 159 x 180 cm.

Técnica: Oleo sobre lienzo



Huellas del tiempo en azul
Formato: 60 x 80 cm.
Técnica: Oleo sobre lienzo



ser el principio como contenido o significado que tenga la primacía en el pintor para que algo llegue a ser. (Gombrich 2000: 51). El logos como proyecto es para dar a conocer el diseño del Pintor como su paradigma a imitar.

Una visión pictórica parte de una existencia en las sombras, es una visión de caos y desorden de algo que carece de luz y vida para el arte. Gilles Deleuze define esta visión, citando las palabras de Cézanne, como el “caos o el abismo”, el “comienzo del mundo”. Una condición prepictórica caótica que despierta “el acto de pintar” para poder formular un proyecto artístico (Deleuze 2007: 37-45). Así, el logos se hace presente en esas condiciones pictóricas, para dar principio a una nueva creación.

El diseño del proyecto joánico responde a la visión de caos de los que viven en las sombras y carecen de esta vida, y por lo tanto de luz. Se puede decir que desde la visión de las sombras, el pintor ve una existencia en caos, carente de orden, que despierta su deseo como creador. La visión del creador, encarnada en logos como la palabra-proyecto, posee en su principio un proyecto de “cambio y de transformación” por haber “visto algo”, donde dicha visión tiene como principio “aislar y seleccionar” aquello que quiere transformar. El logos, como proyecto del artista, tiene presente un deseo que busca “separar, apartar para sí”, aquello que ha elegido, habiendo encontrado en su proyecto “un nuevo modo de representarlo, de darle vida” (Deleuze 2007: 15-35). El artista, el Pintor, puede encontrar en el logos, el significado que le lleve a la certeza de sus procesos, pues sin el significado de la imagen (de su visión) no sería posible comprender qué significan sus representaciones artísticas. (Gombrich 2000: 289). Encontramos así que esas “encarnaciones”, “materializaciones” artísticas, consideradas obras de arte, “expresan lo que es inefable por medio de la palabra”. El diseño del pintor se revela, puede “comunicar su idea” a través de su pintura, donde esa encarnación “la hace inteligible” (Gombrich 2000: 45).

Un pintor transforma sus “motivos” en pintura formulados en un proyecto. La necesidad del pintor será descubrir en el logos el “principio” de articulación de todos sus momentos de creatividad¹¹. Un pintor puede reconocer en el logos un instrumento que enseña a modelar la visión que anida en él y quiere pintar. Jacobo Kogan dice que “nuestros pensamientos están primordialmente con las imágenes”, y citando a Collingwood, dice: “que la razón nace con la imagen”. Como dice Kogan, las imágenes son el “lenguaje primigenio de los sentimientos, (...) luego viene el intelecto que establece relaciones entre estas imágenes ya formadas”. (Kogan 1965: 155-157). Es así que articulamos una imagen en un proyecto para comunicarla artísticamente. Según Jorge Guillermo Federico Hegel, el arte “crea a su designio imágenes, destinadas a representar ideas, a mostrarnos la verdad bajo formas sensibles”. (Hegel 1980: 43).

¹¹ “Porque él es la realidad fundante de todo origen”. (Castro Sánchez 2001: 28).

“Todas las cosas (panta) vinieron a la existencia (egeneto) mediante la Palabra y nada (oude hen) en la creación aconteció sin esta presencia mediadora”. (Maloney 2001: 59).

Junto a los mencionados autores, resaltamos que algunos intérpretes del prólogo del evangelio coinciden en decir que “logos”, en el contexto joánico, se traduce al mismo tiempo como “palabra y proyecto”. Especialmente para Mateos y Barreto, el término logos “es una palabra que tiene un contenido, el proyecto divino, y que lo ejecuta”. (Mateos y Barreto 1982: 40). Si es plausible aplicar esta traducción al proceso creativo, entonces tendríamos que empezar por decir que como “principio” el pintor tendría que poseer una “palabra” que le permita desarrollar un proyecto, poseer un “logos” que anteceda a la realización de su obra pictórica y, como “palabra”, exprese el proyecto que quiere comunicar para luego ser ejecutado. El logos como la palabra define la visión del pintor y en la palabra encuentra el sentido y el significado para su proyecto. El estudioso del evangelio de Juan, Francis J. Moloney, nos explica que: “todas las cosas (panta) vinieron a la existencia (egeneto) mediante la Palabra y nada (oude hen) en la creación aconteció sin esta presencia mediadora” (Moloney 2001: 59). Moloney afirma que nada existe sin el logos, resaltando la actividad mediadora del logos, cuya actividad no es solo la creación del universo que el libro del Génesis nos relata. El logos como “principio” mediador permite al artista rescatar de las sombras y traer a la luz su nueva creación. El logos joánico permite un volver a nacer en el orden del espíritu: una “vida oculta” en las sombras del pasado, hoy, una “nueva vida” para el arte, al recibir al logos como “principio” de vida.

En ese sentido, Secundino Sánchez aporta a nuestro análisis diciendo que el logos es “la realidad fundante de todo lo creado”. (Castro Sánchez 2001: 28). Recordemos que sin el logos –en el sentido joánico– nada puede llegar a existir, por lo que la creación de una pintura tendría que encontrar su principio a partir del logos. La ausencia del logos como principio de una creación descubre una existencia (una pintura) sujeta a las sombras. Intencionalidad, diseño del pintor, se explicita en la materialización de su pintura. Y es a través del logos como establece un límite para identificar aquello que puede recibir el color que el logos ha determinado. Análogo al sentido joánico, el logos como proyecto del pintor pone en relieve que hay algo que necesita ser rescatado para el arte. La función del logos como principio fundante permite al pintor sustentar y dar inicio a un proyecto donde se desarrolle una actividad salvífica por medio de una “modulación coloreada” (Merleau-Ponty 1977: 37) de lo que ha sido desocultado de las sombras.

El proyecto del pintor es un hacer que se debe y traer a la luz un nuevo cuadro. El artista encuentra en el logos como “palabra” el principio de las formas del claro-oscuro del color. En este sentido podría objetarse que el hacer del pintor no necesita una palabra-proyecto para empezar a ejecutar su pintura. Pero los procesos creativos sin logos son solo una intención sin resultados plásticos. La visión es fugaz cuando no ha sido formulada por el logos como su principio fundante. Aun así, si bien no



hay pinturas que surjan de la nada, existe un sentir en el pintor que se va develando, dando forma, durante el proceso creativo de su obra, sin una garantía de que lo creado llegue a ser pintura. La “palabra-proyecto” en el sentido joánico nos propone un modo del hacer artístico que el pintor puede tomar como un modelo a ejecutar. La palabra es “un proyecto creador en cuanto formulado y, consiguientemente, ejecutado, [que] como palabra creadora da origen a todo lo existente.” (Mateos y Barreto 1982: 40). Ella nos permite rescatar por lo menos tres conceptos del logos como “palabra-proyecto”:

1. Hay un proyecto formulado, –el logos– que responde al deseo de una visión.
2. Hay un proyecto formulado, –el logos– que es el origen y principio de la obra creada.
3. Hay un proyecto ejecutado, –el logos encarnado– que es la obra de arte creada.

El logos es el proyecto de la palabra que devela el deseo del pintor. En la palabra “viento”, por ejemplo, el pintor “objetiva, proyecta, fija y nombra” (Merleau-Ponty 1977: 44-45), según su conocimiento, el significado que desea ejecutar. Intencionalidad compleja, ya que involucra visión, deseo y la misma actividad del hacer pictórico. El proyecto es la visión de un todo que el pintor define y anhela alcanzar en la palabra “viento”. La obra artística será la imagen que representa el contenido del proyecto significando “viento”. La comprensión de la palabra “viento”, plásticamente hablando, es el principio que ha dado origen a una obra de arte.

Pero la visión del pintor, como mencionamos líneas arriba, involucra también un gran “deseo” de ejecutarlo, le urge pintar sobre sus telas vacías. Hay que develar el proyecto sobre un nuevo soporte y convertirlo en su nueva morada. Hay un deseo que apremia al pintor por cubrir las telas vacías con el color que configura su idea de mundo. Y al ser el logos principio de creación, se contrasta la “vaciedad” de lo existente en las sombras con la “plenitud” ejecutada por el logos. Así tenemos vaciedad y plenitud como contrastes de existencia, donde vaciedad es entendida como caos y desorden (pero también como motivación para verter un nuevo orden) y plenitud desde una nueva vida en la brillantez del logos encarnado como pintura.

Un segundo momento del proceso creativo es la actividad del logos durante la ejecución del proyecto. Este es un proceso que demanda del pintor fuerza, poder, orden y guía. El logos joánico es “potencia creadora” que organiza y formula su propio orden de creación, y por eso es comprensión. Análogamente, podemos entender al logos como una potencia comunicante del artista que en su ejecución devela el proyecto de su autor y, como tal, en la “palabra”, el logos comunica el proyecto del artista. (Castro Sánchez 2001: 33). De igual modo, la “palabra” como “proyecto” es “compre-

sión" del proyecto a ejecutarse. (Castro Sánchez 2001: 35). Sobre este punto debemos resaltar la importancia del "proyecto" durante el proceso creativo. (Castro Sánchez 2001: 35). El pintor necesita entender y comprender un orden como guía para sus procesos creativos. En el término "viento" el pintor encuentra el contenido que ha de iluminar su proceso creativo, el modo a ejecutar pictóricamente su proyecto, donde "viento" es la palabra-guía. Así, a través del logos el artista desarrolla un diálogo interno con el cual puede argumentar y configurar su proyecto, en donde la palabra "viento" ha adquirido una nueva corporeidad como expresión artística. De ser así, ahora la palabra "viento" ha abandonado la fragilidad etérea de su existencia pasada para ser inserta en un nuevo soporte y tener permanencia en un ámbito nuevo: el del mundo del arte.

No creemos que nos equivoquemos al decir que la visión del artista "rescata" lo que está perdido a los ojos del mundo y que solo él es capaz de percibir. Desde el momento que da nombre a su visión se va dando esa transformación hasta convertirla en "su" pintura. Por medio del logos el pintor rescata aquellos objetos del mundo al nombrarlas y da inicio al proceso de creación. Es en ese momento cuando el pintor ve, elige, y nombra lo que ha visto, y luego encarna el claro-oscuro del color en su pintura. De ese modo es posible comparar al logos joánico en su encarnación y su función como paradigma con el hacer del pintor, cuya pintura es la "encarnación" de la "palabra-proyecto". Rescatar lo temporal y otorgarle permanencia es el propósito del logos divino. El "logos encarnado" ha unido lo espiritual y lo terreno en una misma morada. Así podemos ver que el "logos" es el "principio" que permite materializar lo invisible, darle una nueva carnalidad a lo temporal con la fuerza del espíritu del logos de un pintor.

No es difícil aceptar que la obra artística permite en su materialidad "dar morada" al proyecto que la palabra ha concebido. En el logos, el pintor encuentra el modo de expresar su deseo para dar principio a la "forma" en su proceso creativo. La materialización de la "palabra-proyecto" al develar el designio del pintor, como proyecto ejecutado, es el resultado de un diálogo extenso y constante. Proyecto que responde a un haberse puesto de acuerdo, similar al designio que nos devela el sentido joánico. Y siendo el logos vida y luz, todo aquello que participa del logos también tendrá vida y luz en su nueva existencia. (Rivas 2006: 126-127). El trabajo artístico del pintor nos da luz del alcance de su proyecto y que es extensivo a toda su pintura. Como logos sustenta un deseo que puede materializarse una y otra vez en distintos soportes. Nuestra visión pictórica es desde el sentido joánico y se dirige a toda la humanidad, es para "todos los que quieren recibirlo". El logos es una presencia constante en el Pintor que alimenta su creatividad, es un deseo permanente de su hacer creativo. En el logos, el pintor formula un diálogo interno que enriquece su pensamiento y la comprensión de un hacer que lo motiva a crear sobre las telas en blanco.

¹² Juan 1: 11. "Vino a lo que era suyo, y los suyos no le recibieron". (Rivas, 2006).



Bibliografía

BALZ, Horst y SCHNEIDER, Gerhard

1998 Diccionario exegético del nuevo testamento. Traducido por Constantino Ruiz-Garrido. VOL. I α ~ κ y VOL. II λ ~ ω. Salamanca: Ediciones Sígueme.

BOVER, José M. y O'CALLAGHAN, José (editores)

2015 Nuevo testamento trilingüe. Edición crítica. Tercera edición. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

CASTRO SÁNCHEZ, Secundino

2001 Evangelio de Juan. Comprensión exegético-existencial. Bilbao: Editorial Desclee de Brouwer.

DELEUZE, Gilles

2007 Pintura, el concepto del diagrama. Primera edición. Traducción del Equipo Editorial Cactus. Buenos Aires: Editorial Cactus.

GOMBRICH, Ernst

2000 La imagen y el ojo. Primera edición. Versión castellana de Alfonso Lago y Remigio Gómez Días. Madrid: Debate.

GÓMEZ, Humberto (editor)

1977 La santa biblia. Versión Reina-Valera. Matamoros: Iglesia Bautista "Libertad".

HEGEL, Jorge Guillermo Federico

1980 De lo bello y sus formas. Sexta edición. Traducción de Manuel Granell. Madrid: ESPASA-CALPE.

HERRERA U., Silvia

1987 "El bien del arte en Etienne Gilson". Anuario Filosófico. Pamplona, volumen 20, número 2, pp. 165-172.

KOGAN, Jacobo

1965 El lenguaje del arte. Primera edición. Buenos Aires: Paidós.

MATEOS, Juan y BARRETO, Juan

1980 Vocabulario teológico del Evangelio de Juan. Madrid: Ediciones Cristiandad.

MATEOS, Juan y BARRETO, Juan

1982 El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario Exegético. Segunda edición. Madrid: Ediciones Cristiandad.

MERLEAU-PONTY, Maurice

1986 El ojo y el espíritu. Barcelona: Ediciones PAIDOS.

1977 Sentido y Sinsentido. Primera edición. Traducción de Narcís Comadira. Barcelona: Ediciones Península.

MOLONEY, Francis J, S.D.B.

2005 El evangelio de Juan. Traducción de José Pérez Escobar. Navarra: Editorial Verbo Divino.

PLATÓN

1992 Timeo. Traducciones, introducciones y notas por Ma. Ángeles Durán (Filebo) y Francisco Lisi. Primera edición. Madrid: Gredos S.A.

RIVAS, Luis Heriberto

2006 El Evangelio de Juan. Buenos Aires: Editorial San Benito.